

## “LA INSTRUCCIÓN ES UNA CUESTIÓN DE VIDA O MUERTE PARA LA COLONIA”. LA ESCUELA EN LA IDENTIDAD VALDENSE EN EL URUGUAY DECIMONÓNICO

MARCEL NAGY

Investigador independiente, Budapest

**Resumen:** El artículo intenta presentar el papel de la instrucción en la conciencia de los valdenses que llegaron como inmigrantes al Uruguay desde mediados del siglo XIX. Según personajes de esas décadas como el Pastor Daniel Armand Ugon y otros, éste es un asunto de “vida o muerte”; se trata de encontrar la manera de conservar las tradiciones y cultura que habían llevado al Uruguay desde los valles del Piamonte.

**Palabras clave:** historia, valdenses, escuela, Uruguay, emigración.

**Abstract:** The article attempts to present the role of education in the perception of the Waldensians who arrived as immigrants in Uruguay since the mid-nineteenth century. According to characters from those decades such as Pastor Daniel Armand Ugon and others, this is a matter of “life or death”; it is about the way to preserve the traditions and culture brought to Uruguay from the valleys of Piedmont.

**Keywords:** History, Waldensians, School, Uruguay, Emigration.

### 1. Breve introducción a la historia de los valdenses

El artículo hace un repaso de cómo los valdenses, después de siglos de persecución – y a pesar de su emancipación de 1848– decidieron abandonar los valles del Piamonte hacia el Uruguay a mediados del siglo XIX e instalarse primero en el departamento de Florida, donde su llegada generó rechazo por parte de varios católicos, por lo que más tarde se asentaron en la zona del Rosario. Los valdenses cruzaron el océano llevándose sus tradiciones, religión y cultura que querían conservar en un ámbito muy diferente al de los valles, fomentando –entre otros– la enseñanza, que era vista como el instrumento adecuado para mantenerse fieles a sus raíces<sup>1</sup>.

El movimiento valdense surgió en la segunda mitad del siglo XII, fundado por el mercader Pierre Valdès (o Pedro Valdo) de Lyon, quien eligió una vida de pobreza radical. El movimiento es considerado como una de las primeras manifestaciones de la Reforma y conforme a ello los primeros siglos de su historia estuvieron marcados por la persecución por parte de la Iglesia Católica y por acusaciones de herejía. Los valdenses

---

<sup>1</sup> Debo agradecer toda la ayuda que Matilde Dufau y Oscar Gilles me prestaron en la Biblioteca y archivo Valdense de Colonia Valdense, y a mi madre, María Blanca Juele la traducción de los textos franceses al español y una serie de indicaciones relacionadas con el tema.

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

rechazan a los sacerdotes como intercesores ante Dios y también se oponen a los juramentos, pero desde nuestro punto de vista lo más importante es que abogan por que la Biblia sea leída por los creyentes, ya que las Sagradas Escrituras son objeto de meditación. Por esta razón desde el inicio del movimiento, traducían fragmentos y hasta el texto íntegro a todos los idiomas posibles (Sansón, 2010: 122). Para la Iglesia Católica la lectura y el comentario de la Biblia en una lengua popular o vulgar por una persona que no fuera sacerdote significaba un verdadero acto de herejía, lo que –entre otros factores– condujo en muy poco tiempo a la excomunión de Valdo y sus seguidores en 1183, por el concilio de Verona (Tourn 1983, Tomo I: 23-24). Otros puntos que caracterizan la teología valdese son la convención de que el Purgatorio, las misas de sufragio y las intercesiones de los santos son falsos, considerándose ellos mismos como una comunidad cristiana y autónoma (Geymonat, 2008: 31). Esta herejía era considerada tan grave que todavía en la segunda mitad del siglo XIX la Iglesia Católica seguía rechazando categóricamente la interpretación de la Biblia por parte de los creyentes. El obispo de Brujas, Bautista Malou en 1866 aseguraba refiriéndose, entre otros, a los valdenses:

[...] el pueblo que no puede discernir cuestiones tan sublimes como son las que tocan á los principios de la fe, solo se preserva del peligro de seducción, absteniéndose de un estudio superior á sus fuerzas intelectuales. Limitando el estudio de la Escritura en lengua vulgar, la Iglesia consigue el objeto que se propone: el de preservar a los ignorantes de una lectura que podría serles funesta. La dignidad de las lenguas modernas nada tiene que ver con las leyes eclesiásticas (Malou, 1866: 275-276).

Como hemos señalado, la reacción por parte de la Iglesia Católica fue de rechazo, y la permanente persecución hizo que los seguidores de Valdo formaran comunidades cerradas, que vivían en una constante defensa frente a este entorno. En el Medioevo el movimiento registró un crecimiento en todo el continente europeo, pero desde el siglo XV la persecución se hizo cada vez más severa, y aumentó con el auge de la Reforma, que amenazaba el estatus social, moral y religioso de la Iglesia Católica. Para finales del siglo XV los valdenses que sobrevivieron a las matanzas se concentraron principalmente en los valles del sur de los Alpes, en territorios del Piamonte, pero también había algunas comunidades menores en Provenza y Calabria. Con la Contrarreforma la persecución de los valdenses volvió a ser cada más sangrienta (Lange, 2006: 5-11).

Para que la Biblia fuera un objeto de meditación para todos, tenían que saber leerla, y así la enseñanza en poco tiempo se convirtió en una preocupación central de los valdenses. Eran los “barbas” (en definición de Jourdan: “personas encargadas de anunciar el evangelio”) los que se encargaban de crear y mantener viva la “red” de valdenses, visitando las diferentes comunidades, donde prestaban servicios médicos y religiosos (Jourdan, 1901: 24). En 1532 los valdenses, decidieron –a pesar de las diferencias–, unirse al calvinismo, o

sea al movimiento al que dentro de la Reforma se sentían más cercanos, principalmente por su puritanismo. Más allá de ello, Juan Calvino y sus seguidores asignaban un especial interés a la educación y cuando en Ginebra fundaron escuelas, los calvinistas locales prestaron dos juramentos con los que se comprometían a ser fieles a la Reforma y a mandar a sus hijos a esos centros educativos (Moreira, 1988: 11). Lo mismo sucedió en otras iglesias reformadas, donde la instrucción era la base para poder entender la Biblia, pero también para poder enfrentar los desafíos “terrenales” (Morales, 2014: 54). Pero esta adhesión no significó que de un día al otro abandonaran sus estrategias de supervivencia en el ambiente profundamente hostil que los rodeaba. Octavio Aceves subraya que la estrategia era asemejarse a la gente que les rodeaba, o sea en cierta medida ocultando sus creencias, lo que incluía “la frecuentación de los sacramentos y lugares de culto católico para escapar de las persecuciones y poder así salvar la vida” y también pagaban el diezmo. Es por eso que al menos hasta 1530 se les tolerara, señala Aceves y agrega que la conversión de los valdenses en protestantes en 1532 solo “fue oficial y teóricamente: en los hechos, en lo que a su vida y sensibilidad religiosa se refiere, siguieron siendo simplemente Valdenses” (Aceves, 1990: 166-167). Tras largas décadas marcadas por las guerras de religión de Francia y por la persecución, apenas 4.000 valdenses lograron refugiarse en los actuales territorios de Suiza hasta que en 1689, en lo que se llamó el “Glorioso retorno” decidieron volver a los valles del Piamonte, a donde pudieron llegar apenas 300 personas (Sansón, 2010: 123).

El 12 de febrero de 1848, Carlos Alberto de Saboya promulgó un decreto, el “Edicto de emancipación” (referido a los valdenses, pero también emitió otro semejante que se refería a los judíos), en el que decía:

Teniendo en cuenta la fidelidad y los buenos sentimientos de los pobladores valdenses, los Reyes, nuestros predecesores, gradualmente y con sucesivas medidas han derogado, en parte, o moderado, las leyes que antiguamente restringían sus capacidades civiles. Y nosotros mismos, siguiendo las huellas, hemos concedido a estos Nuestros súbditos facilidades cada vez más amplias, dando dispensas frecuentes y amplias del cumplimiento de las leyes mismas.

Y ahora que cesaron las razones por las cuales fueron sugeridas estas restricciones, puede llevarse el sistema ya adoptado progresivamente a favor de ellos, Estamos de buen grado resueltos a hacerlos partícipes de todas las ventajas conciliables con las máximas generalidades de nuestra legislación. [...] Los valdenses son bienvenidos a disfrutar de todos los derechos civiles y políticos de nuestros súbditos, a asistir a las escuelas dentro y fuera de la Universidad, y acceder a los grados académicos (Carlos Alberto de Saboya: Edicto de 1848).

El Papa Francisco en 2015 pidió perdón a los valdenses por las persecuciones, con estas palabras: “De parte de la Iglesia Católica les pido perdón. En nombre de Cristo,

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

perdonadnos”. Esta fue la primera vez en la historia que un papa entraba en una Iglesia Valdense, concretamente en la de Turín (Vidal, 2015).

Antes de la emancipación, los valdenses que huían de la persecución habían fundado colonias en otras regiones del territorio de la actual Italia, Francia, y algunos llegaron hasta Holanda, Inglaterra o hasta las regiones occidentales de Hungría. Con el edicto de 1848 se eliminaron las restricciones existentes que prohibían a los valdenses poseer tierras fuera de los Valles (Tron – Ganz, 1958: 17). Pero en Italia la religión del estado seguía siendo el catolicismo (de Lange, 2006: 15). El cambio que significó el edicto, los largos años pésimos para la agricultura con mala cosecha y el importante auge del número de la población, hicieron que para 1855 se planteara la emigración como una solución a la profunda crisis que vivían en los Valles (Tron – Ganz, 1958: 17-18).

## 2. La emigración

Luis Jourdan en su historia de los valdenses de 1901 cuenta que desde esos años de escasa cosecha “efectivamente se hablaba mucho de emigración en esos tiempos” (Jourdan, 1901: 192). En enero de 1855 se realizó una asamblea para analizar la situación, donde se propuso organizar una emigración “bien estudiada y reglamentada”, pero con la postura contraria de la cúpula religiosa de la Iglesia Valdense, que temía que “los emigrantes, en contacto con otros medios, fueran paulatinamente perdiendo sus pautas culturales identificatorias y, en especial, su fe religiosa” (Geymonat, 2008: 81). Ese temor se basaba en una experiencia anterior (con las emigraciones hacia las ciudades cercanas) que fue descrita por el ya citado Jourdan, quien aseguraba:

Esa emigración temporaria era temida por su influencia al punto de vista moral y religioso. Los que volvían á los Valles después de algunos años de ausencia, traían muchas veces los gérmenes del escepticismo y de la incredulidad, cuando no la corrupción y los vicios, porque al contacto de los malos ejemplos no sabían resistirlos (Jourdan, 1901: 190).

Más adelante volveremos al tema del supuesto peligro que significa el contacto con el entorno que rodea a los valdenses. En 1856 hubo varias reuniones donde se discutió el tema de la emigración, con varias posturas, como la de cruzar el océano o la de buscar un lugar más cercano, como por ejemplo en Cerdeña. De todas formas, la iglesia finalmente decidió no participar activamente en la organización de la emigración, que de hecho ya se había iniciado espontáneamente (Geymonat 2008: 81-83). Sin embargo se creó un Comité de Emigración y se buscó contacto con la ya existente red protestante internacional (Aceves, 1990: 267) que apoyaba a los emigrantes para elegir el mejor lugar donde iniciar un asentamiento definitivo. Es anecdótico que varios de los primeros emigrantes decidieron abandonar los valles impulsados por unas cartas que habían enviado desde Montevideo Juan Pablo Baridon y José Planchon (dos valdenses pioneros)

en las que describían al Uruguay como el lugar propicio para iniciar una nueva vida. Baridon escribía: “Este es un país comparable con la tierra de promisión” y agregaba “al llegar aquí hemos recogido en el espacio de un mes, trigo suficiente para todo el año” y que “es suficiente dedicar dos o tres días por semana al trabajo”. Hasta llegaba a obvias exageraciones cuando aseguraba que “[p]aís muy sano. No se conoce otra enfermedad que la de la muerte”. Planchon, por su parte también celebraba la poca energía que requería el trabajo en comparación con los Valles. “No vayan a creer que tenemos que trabajar la tierra con la azada y desarraigar los árboles; hay solo que poner la mano al arado”. Él aconsejaba a los que decidan emprender el viaje que “traigan toda su ropa, pues aquí no hay tejedores”, así como también semillas (Jourdan, 1901: 193-198 y Geymonat, 2008: 327-329). Estas cartas tuvieron un efecto motivador para los que todavía no se habían decidido. Las cartas de Baridón “fueron leídas en muchos lugares, hasta en [...] templos [...], se dice, y la emigración recibió un nuevo impulso” (Jourdan, 1901: 195).

Marcelo Dalmás Artús en su *Historia de los Valdenses en el Río de la Plata* asegura que los valdenses que abandonaban los valles en las siguientes olas de emigración juraban mantenerse unidos y fieles a su religión, así como a “organizarse para celebrar el culto y para la instrucción de los hijos y conservación de las buenas costumbres” (Dalmás, 2009: 17-18), supuestamente como una respuesta a ese temor de que al ponerse en contacto con un entorno muy diferente al de los valles, los colonos perdieran su identidad.

La elección del Uruguay y Argentina seguramente estuvo relacionada con el hecho que recuerda Ana Laura Bounous, en el sentido de que los valdenses contaban con profundas tradiciones agrícolas, que influenciaron su mentalidad colectiva que rechazaba las innovaciones y “el hecho de dedicarse a otra tarea que no sea la agricultura” (Bounous, 2006: 29). Estos países habían abierto sus fronteras ante los inmigrantes, ofreciendo buenas posibilidades en el sector agropecuario. Como señala la historiadora húngara, Katalin Jancsó, países como Uruguay, Argentina, Chile o Brasil eran las mejores opciones para estos emigrantes, que consideraban –al decidir hacia dónde partían–, los factores climáticos y geográficos, dado que esta región se encuentra en zonas templadas (Jancsó, 2018: 138).

Se calcula que en el Uruguay, actualmente, un 40 por ciento de los habitantes tiene ascendientes italianos, que llegaron en diferentes épocas y desde diferentes regiones, con tradiciones muy diversas. Uno de los grupos homogéneos que más temprano llegó al Uruguay fue el de los valdenses, que por su origen y su historia sería difícil de categorizar como parte de la inmigración italiana o francesa. Historiadores, como por ejemplo Daniel Vidart y Renzo Pi Hugarte, analizan la emigración valdense por separado de la italiana y la francesa. Los valdenses mantuvieron sus hábitos y costumbres tradicionales, su religiosidad y la endogamia traídos de los Valles, así como el *patois*, el dialecto piamontés, “en otras palabras una vida volcada hacia el interior del grupo”. Esta forma de vida cambiará paulatinamente desde la segunda década del siglo XX, cuando “se inicia entonces un proceso de integración a la vida general del Uruguay” (Vidart, 1969: 43).

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

### **3. La enseñanza en las regiones italianas**

En lo que se refiere a la enseñanza, por ahora solo mencionaremos que hasta 1848 en los valles y otras regiones italianas en general la escolaridad era baja. Según Jourdan en los valles la situación no era mejor incluso “un quinto de la población no sabía leer ni escribir, y el sexo débil suministraba el ochenta por ciento” (Jourdan, 1901: 181). Tron y Ganz, autores de una historia de las colonias valdenses en Sudamérica, lo contradicen y aseguran que en los Valles Valdenses de Piamonte “la instrucción estaba muy adelantada. El analfabetismo era completamente desconocido” (Tron – Ganz, 1958: 259). En relación con los territorios de la actual Italia Giorogio Tourn señala que los maestros de las escuelas valdenses organizaban reuniones, la enseñanza de los menores, y también la asistencia a los ancianos”. Con esta labor a favor de la comunidad, estos maestros participaban en la “renovación civil de la nación”, entendiendo que “Italia tiene necesidad de escuelas, no de catedrales; de libros, no de imágenes sacras; de reflexión, no de procesiones”. Cuando el estado (italiano) comenzó a asegurar una instrucción que cumplía su papel social, las escuelas valdenses comenzaron a desaparecer de a poco, ya que había cumplido su papel de “ser un instrumento de ayuda provisoria y no un instrumento de poder”. Primero la escuela, “la capilla viene después” (Tourn, 1983: 309-310). Cabe agregar que en el siglo XIX el apoyo, aunque fuera tímido, de la secularización es parte de las estrategias de las iglesias reformadas y evangélicas, que así podían competir con los católicos en el ámbito de la enseñanza.

### **4. Llegada al Uruguay y la fundación de las primeras escuelas**

Las primeras familias valdenses que llegaron al Uruguay enfrentaron durante los primeros meses la enemistad de los católicos del departamento de Florida, que fue su primer lugar de asentamiento. Así surgió como solución la idea de instalarse en regiones menos pobladas, como el Rosario Oriental, en lo que hoy es el Departamento de Colonia (Vidart, 1969: 42). En el Rosario, una de las primeras preocupaciones que hicieron llegar a la jerarquía eclesiástica europea fue la de la falta de pastor y maestro. Algo que implicaba también la fundación y construcción de los edificios para la práctica de la fe y de la enseñanza. La construcción de templos y escuelas es uno de “los fundamentos básicos” de las iglesias de trasplante, como la valdense. En el templo se asegura la continuidad de la religión, mientras que la escuela es la institución que ayuda mantener viva y conservar la identidad (Luzny, 2001: 177). La escuela cobra un interés especial, ya que como vimos, la lectura e interpretación de la Biblia es transcendental en el credo valdense, lo que sería imposible sin la formación desde la niñez.

Los primeros años estuvieron marcados por una serie de conflictos internos dentro de la comunidad, que por falta de espacio aquí no analizaremos, solo mencionamos lo relacionado con la falta de pastor y maestro. Las noticias de las dificultades de los

primeros años en el Uruguay llegaron al Sínodo que, en 1858, en un informe, expresó su preocupación por la situación espiritual en y de las comunidades de ultramar:

Los colonos, al comunicarse con nosotros, nos pidieron que no los olvidáramos, y expresaron el deseo de tener un líder espiritual lo antes posible, prometiendo permanecer fieles a la religión de sus antepasados. ¿Pero cuál será su destino si son abandonados a sí mismos por mucho tiempo? El capellán de la Embajada inglesa en Montevideo, con quien hemos estado en correspondencia y que ha tenido la amabilidad de cuidar de nuestros hermanos, nos dice en su última carta: “Es muy necesario para la felicidad espiritual y temporal de vuestros valdenses que tengan un pastor. Sin vigilancia todo degenera en este país, y en poco tiempo, a pesar de las buenas intenciones que se hayan tenido al principio, se toman a pesar de nosotros mismos los hábitos del lugar. Repito: es necesario un pastor para nuestros inmigrantes. Cualquiera que sea nuestra opinión sobre este tema, ya sea que consideremos la inmigración como un evento afortunado o como una desgracia, los hechos están ahí: cientos de nuestros compatriotas están privados de toda ayuda espiritual en un país donde están expuestos, más que en cualquier otro lugar, a influencias perjudiciales. ¿Los abandonaremos? ¿O más bien les tenderemos nuestras manos en ayuda más allá del mar? (Informe de la Mesa... 2019: 7).

Poco más de una década después, el pastor Pedro Lantaret como Moderador presidente del órgano ejecutivo de la región, según (Geymonat, 2008: 42) publicó en 1870 sus experiencias en las colonias del Uruguay mencionando, entre otras cosas, la falta de una educación adecuada, que –según su interpretación– es la base para que la comunidad conserve su superioridad frente al entorno que le rodea. Esta es una de las características de las “iglesias de trasplante”, o sea de las que siguen a los grupos emigrantes –en este caso– al otro lado del océano. Según Waldo Luis Villalpando, los evangélicos europeos en América presentaban varias reacciones negativas y una de ellas era la “necesidad de autoafirmarse y tomar conciencia de su superioridad frente a la cultura nacional”, lo que al mismo tiempo está relacionado con que el emigrante “se siente como ‘echado’ de su propio país” (Villalpando, 1970: 16). Nuevas investigaciones, como las de Paula Seiguer amplían esta visión, que aquí no analizaremos (ver Seiguer, 2009). Sea como sea, esa es la conclusión de Lantaret, según consta en su diario del viaje que realizó en el Uruguay en 1869:

De tarde, el Sr. Revel (Jean Daniel, uno de los primeros colonos en las colonias de Rosario) me acompaña para visitar una parte de la colonia que aún no conocía y donde viven aun algunos de mis antiguos fieles. [...] Ya es tarde y aunque vamos en charret debemos cortar camino para atravesar varios lugares en los cuales solo avanzamos lentamente. A pesar de todo, llego a tiempo para visitar

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

la escuela donde encuentro 24 niños, casi todos varones. La mayoría están descalzos porque ¿para qué usar zapatos? Total, la mayoría se irán a caballo de a dos o tres si es necesario. Están bastante atrasados, aunque no les falta inteligencia. Pero van muy poco a la escuela y el maestro, [...] quien según me dicen es muy responsable, carece de la preparación necesaria para su profesión. El otro día visitando la escuela del pueblo [...] constaté lo mismo. [...] Los niños me parecieron muy atrasados para su edad. El peor de los males que afligen a los valdenses de Rosario es precisamente la negligencia respecto a la instrucción de los niños. Tanto en privado como en público les he llamado la atención a este respecto y volveré a hacerlo. Sin embargo, un síntoma muy edificante es la construcción de un hermoso edificio escolar gracias a las contribuciones voluntarias no solo de los miembros de la colonia sino también de personas que viven bastante lejos. La [escuela] de Gonet (uno de los primeros colonos que llegaron a Rosario), aunque algo deteriorada, puede servir aun varios años. Espero que escuelas similares sean construidas en breve en cada uno de los otros barrios además de la escuela central que se decidió anteayer. Solamente así los valdenses de este país podrán conservar por mucho tiempo su superioridad intelectual y moral (Lantaret, 1870: 72-73).

En un primer instante y conforme a las tradiciones históricas valdenses, los dirigentes intentaron mantener prácticamente aisladas las comunidades en un ámbito muy distinto –el Uruguay rural de aquel entonces– para impedir la influencia de los elementos del entorno criollo que consideraban como negativos desde el punto de vista de las costumbres, tradiciones y mentalidad valdenses. La endogamia, el uso doméstico del francés o del dialecto *patois* fueron instrumentos a los que acudieron, así como “la exaltación de las tradiciones seculares y la identidad valdense como superiores y diferenciadoras de las propias de la población uruguaya” (Sansón, 2010: 129) a lo que ya nos hemos referido anteriormente.

El primer maestro que llegó a la villa de La Paz (en el departamento de Colonia) fue Juan Daniel Costabel en 1861 y desde esa fecha la escuela funcionó en galpones y casas particulares. Marcelo Dalmás asegura en su libro sobre los valdenses del Río de la Plata que “en marzo de 1861 llegará a la colonia el maestro Juan Daniel Costabel [...] quien inicia una escuela en el mismo galpón donde se celebraban los cultos. Sin lugar de dudas, es la primera escuela rural del país de que se tenga conocimiento” (Dalmás, 2009: 20). La llegada de Costabel tuvo una importancia trascendental y “fue recibida con alegría” (Ganz – Rostán, 1959: 12). En esta escuela se enseñaba (también la educación religiosa) en francés y en parte en italiano, mientras que el español fue ganando terreno lentamente.

Pero lo más importante es que a falta de edificios adecuados para las escuelas, los colonos ofrecían sus propios inmuebles. El primer edificio dedicado especialmente para el funcionamiento de una escuela valdense en el Uruguay fue el de Comba (localidad

cercana al Río de la Plata), construida con el apoyo financiero de varias familias (Tron – Ganz, 1958: 260). Y los colonos no solo apoyaban la construcción de los edificios, sino que también se comprometían a mantener económicamente a los maestros que llegaban a las colonias, por ejemplo, donando un determinado porcentaje del trigo producido por la familia en sus tierras. El mantenimiento y funcionamiento de las escuelas que se fundaban en la región significaron un verdadero sacrificio para los colonos, pero debido a ello y como lo señalan Ganz y Rostán: “los valdenses –con los vecinos suizos– representaban a la parte más culta de la población rural” (Ganz – Rostán, 1959: 12).

## 5. Reformas educativas en el Uruguay

En lo que se refiere a la enseñanza en el Uruguay en aquellos años, hay que destacar que hasta 1847 “los intentos por regularizar el sistema de enseñanza no se encontraban coordinados y en la mayoría de los casos se implantaban solamente en Montevideo. Además, no existía un programa único de enseñanza. En 1847 con la creación del Instituto de Instrucción Pública comienza un proceso formal de regularización del sistema de enseñanza a nivel nacional. José Pedro Barrán cita a José Pedro Varela, quien realizó la reforma escolar liberal en el Uruguay, y que aseguraba, ya antes, en 1865, que “el habitante de la campaña, a quién hoy embrutece la ociosidad”, “el servilismo”, su ignorancia, “sus hábitos salvajes”, solo se civilizaría “el día que supiera leer y escribir” (Barrán, 1993: 91). Era justamente por ese panorama que Lantaret y los demás valdenses insistían en que los suyos debían permanecer separados de ese entorno. Cabe recordar de nuevo las palabras de Lantaret que al subrayar la importancia de que los valdenses no dejaran de educar a sus hijos, aseguró: “solo así los valdenses de este país conservarán por mucho tiempo su superioridad intelectual y moral”.

La reforma escolar vareliana de 1877 instaló un sistema “estatal, centralizado, extendido en todo el país” que además era (y es) gratuito y obligatorio (Marrero – Cafferatta, 2008: 191). Conforme a las ideas del positivismo que fue la base de la mayoría de las reformas educativas en toda América Latina en la segunda mitad del siglo XIX, “[a] nivel educativo, la reforma vareliana recogió elementos positivistas que se reflejaron en la tendencia científica y naturalista de la misma”, afirma Sansón (Sansón, 2011: 288).

## 6. Expansión de las escuelas y fundación del liceo

Es en este marco que los valdenses crean en el Uruguay cada vez más escuelas, siguiendo el ritmo de la expansión de sus colonias, lo que suponía también, aunque con altos y bajos, un aumento de la población. A medida que llegaban cada vez más valdenses de los valles, se incrementó la demanda no solo de escuelas primarias, sino también de las llamadas “*petites écoles*”, o sea las dominicales de estudios bíblicos. De todas formas, las advertencias de Lantaret ya citadas, de preocupación por la falta de maestros y en general por “el peor de los males” que significaría “el abandono por la instrucción de los niños”,

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

señalan que a pesar de los esfuerzos, los dirigentes de las colonias, eclesiásticos o comunitarios, estaban preocupados por el hecho de que no todos supieran escribir y leer (Caetano, 2013: 132).

Otros recuerdan que a mediados de la década de 1870 la comunidad valdense vivió años de distanciamiento de los valores que tanto querían conservar. Tron describió así la situación:

Por lo que se refiere al estado moral de la colonia, podemos decir que no era halagüeño. Las divisiones, con sus consecuencias de chismes y sospechas, el abuso de las bebidas alcohólicas, los pasatiempos malsanos de la juventud, ofrecían grandes inconvenientes. Pero la experiencia demostró que era más bien el producto de las circunstancias adversas que del vicio, porque se corrigieron paulatinamente esos defectos, sin grandes dificultades (Tron, 1928: 22).

En el año 1877 el Sínodo advirtió a la Iglesia de Colonia Valdense: “Es absolutamente necesario que os conservéis muy superiores bajo el punto de vista intelectual a la población que os rodea. Si sois iguales seréis absorbidos, si sois inferiores, seréis sus siervos” (citado por Tron, 1928: 28).

Historiadores señalan que el gran cambio en este ámbito se efectuó cuando en 1878 llegó de los valles el pastor Daniel Armand Ugon, que hizo grandes esfuerzos para mejorar la enseñanza en las colonias. Él mismo decía: “No se necesita ser muy clarividente para ver que la instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia en general y para la Iglesia en particular; si no se consigue mejorar nuestras escuelas el retroceso será siempre mayor y la presencia del pastor será inútil” (citado por Caetano, 2013: 133). Armand Ugon logró apoyo para las escuelas valdenses de estas colonias, de parte del gobierno italiano en 1879, y el uruguayo en 1882. Este último, conforme a las leyes varelíanas, exigió que las escuelas funcionaran tal como lo requerían los programas de la Escuela Nacional y que se cumplieran las leyes de instrucción. De esta manera las escuelas eran propiedad de la iglesia con el derecho de impartir clases de francés e italiano, así como de catecismo, pero siempre como horas adicionales a lo determinado por el programa oficial de instrucción.

Armand Ugon encontró importantes aliados para realizar su misión, en personajes como Bartolomé Griot (comerciante e importante referente local), que cedió gratuitamente (Moreira, 1988: 23) su local para que allí funcionara el liceo de la colonia. La idea de fundar un liceo en Colonia Valdense fue un fruto de la colaboración de Armand Ugon y el pastor metodista Tomas Wood. Finalmente, el 11 de junio de 1888 abrió sus puertas en la “Casa Griot” el liceo evangélico de Colonia Valdense (Liceo Evangélico Valdense), el primero que se fundó en el Uruguay fuera de la capital, Montevideo. Wood en sus notas sobre la organización del liceo acentuaba que –conforme a las leyes vigentes– a pesar de que se tratara de una institución con “misión evangélica”,

no impone “ninguna tendencia de sectarismo religioso ni trabas a la libertad de conciencia” (citado en Moreira, 1988: 16).

## 7. Conclusiones

El liceo hoy lleva el nombre de Daniel Armand Ugon y es considerado uno de los mejores del país. La directora del liceo, Rocío Martínez, explicó así (en 2017) el éxito de la institución: “Realmente creo que lo fundamental acá es ese sentido de pertenencia que tiene la comunidad valdense. El liceo es un referente cultural de alta jerarquía para todos”. (Cabrera, 2017).

Este fue el primer paso en la construcción de una red de instituciones para mantener viva la conciencia valdense. Como asegura Sansón:

Los valdenses optimizaron la apelación al pretérito como ninguna otra iglesia de la que tengamos conocimiento en Uruguay. Fundaron archivos, bibliotecas y museos destinados a conservar la memoria de sus antepasados; editaron libros, revistas, periódicos y folletos dando cuenta de su historia ocho veces secular; valoran las anécdotas, testimonios y relatos evocadores de la memoria comunitaria, familiar e individual (Sansón, 2010: 133).

Coincidiendo con lo expuesto por Sansón, podemos subrayar que la importancia que dan los valdenses a la enseñanza se basa en sus convicciones religiosas y en el principio de que la Biblia debe ser leída por todos. Por otra parte, esa tradición arraigada en lo religioso que sirvió como un instrumento de defensa en los valles durante los siglos de persecución, en el Uruguay, como lo hemos visto, en las primeras décadas tuvo una función semejante, la de asegurar el ser “mejor” y conservar así su identidad en un entorno criollo, culturalmente lejano a las tradiciones valdenses. Por esa razón la enseñanza no solo fue un instrumento para poder defenderse, sino la base de todas las estrategias para conservar su identidad. Sin ella –tal vez– no podrían haberse fundado los archivos, los museos, las bibliotecas y se podría haber perdido la memoria o las memorias.

## Referencias bibliográficas

- Aceves, Octavio (1990). *Los valdenses. Crónica de una herejía*. Madrid: Heptada.
- Barrán, José Pedro (1993). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay, Tomo II: El disciplinamiento*. Montevideo: Banda Oriental.
- Bounous, Ana Laura (2006). Los valdenses en el Río de la Plata. En: Lange, Albert de (2006). *Los valdenses*. Colonia Valdense: Comisión Sinodal de Publicaciones. 29-44.

“La instrucción es una cuestión de vida o muerte para la colonia”

Cabrera, Magdalena (2017). En Colonia Valdense el liceo es un referente cultural de alta jerarquía para todos. En: *El Observador*, 31 de julio. Asequible en: <http://bit.ly/2N8D0i9>, fecha de consulta: 1-11-2019.

Carlos Alberto de Saboya (1848): *Edicto de emancipación*. Asequible en: <http://www.valdense.org/historia/17-de-febrero/texto-espanol/>, fecha de consulta: 1-11-2019.

Caetano, Gerardo – Geymonat, Roger – Greising, Carolina – Sánchez, Alejandro (2013). *El “Uruguay laico”. Matrices y revisiones (1859-1934)*. Montevideo: Taurus.

Dalmás Artús, Marcelo (2009). *Historia de los valdenses del Río de la Plata*. Montevideo: [sin editorial].

Ganz, Emilio – Rostán, Ermanno (1959). *Il centenario della colonizzazione valdese nel Rio de la Plata*. Torre Pellice: Società di Studi Valdesi.

Geymonat, Roger (2008). *El templo y la escuela. Los valdenses en el Río de la Plata*. Montevideo: Planeta.

Informe de la Mesa al Sínodo de la Iglesia Valdense. Torre Pellice, 18 de mayo de 1858. En: *Cuestión de Memoria*, 2019. 3. 7.

Jancsó, Katalin (2018). Bevándorláspolitikák és azok hatásai Latin-Amerikában (1850-1930). *Regio*, 3. 127-154.

Jourdan, Luis (1901). *Compendio de historia de los valdenses*, Colonia Valdense: [sin editorial].

Lange, Albert de (2006). Los valdenses. El camino de una minoría en Europa. En: Lange, Albert de (2006). *Los valdenses*. Colonia Valdense: Comisión Sinodal de Publicaciones. 5-17.

Lantaret, Pierre (1870). *Les vandois dans l'Uruguay*. Pignerol: Impr. de J. Chiantore.

Luzny, Federico – Velázquez, Maximiliano (2001). Los valdenses en el Río de la Plata. La reconstrucción de una identidad. En: Mallimaci, Fortunato – Di Stefano, Roberto (comp.) (2001). *Religión e imaginario social*. Buenos Aires: Manantial. 167-193.

Malou, Bautista (1866). *La lectura de la Biblia en lengua vulgar*. Tomo II. Barcelona: Librería religiosa.

Marrero, Adriana – Cafferatta, Graciela (2008). Educación, Estado y política en Uruguay: Del imaginario estatista al ascenso de los corporativismos (o la nostalgia de la hegemonía). *Revista Iberoamericana de Educación*, 48 (Políticas de educación en tiempos de globalización). 187-206.

Morales Schumker, Eric (2014). *Los valdenses y la iglesia de Colonia Iris* (tesis de licenciatura). Universidad de la Pampa.

Moreira, Omar (ed.) (1988). *Un liceo en el medio del campo. Primer centenario del Liceo Daniel Armand Ugon*. Colonia Valdense: Liceo Daniel Armand Ugon.

- Sansón, Tomás (2010). Los valdenses en Uruguay. Migración religiosa y conciencia histórica. En: Turcatti, Dante (comp.) (2010). *Migraciones minoritarias en Uruguay*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 121-161.
- Sansón Corbo, Tomás (2011). *La iglesia y el proceso de secularización en el Uruguay moderno (1859-1919)*. *Hispania Sacra*, 127. 283-303.
- Seiguer, Paula (2009). Los inicios de un debate: el lugar del protestantismo histórico en la Argentina. *Iberoamericana*, IX. 34. 163-168.
- Tourn, Giorgio (1983). *Los valdenses* (tres tomos). Colonia Valdense: Ediciones Iglesia Valdense.
- Tron, Ernesto (1928). *Historia de la iglesia de Colonia Valdense*. Montevideo: El Siglo Ilustrado.
- Tron, Ernesto – Ganz, Emilio H. (1958). *Historia de las Colonias valdenses sudamericanas: en su 1er centenario, 1858-1958*. Colonia Valdense: Librería Pastor Miguel Morel.
- Vidal, José M. (2015). Francisco a los valdenses: “De parte de la Iglesia católica les pido perdón. En nombre de Cristo, perdonadnos”. *Religión Digital*, 22 de junio. Asequible en: <http://bit.ly/2MNFoun>, fecha de consulta: 1-11-2019.
- Vidart, Daniel – Pi Hugarte, Renzo (1969). *El legado de los inmigrantes, Tomo II*, Montevideo: Nuestra tierra.
- Villalpando, Waldo Luis (1970). Crisis de las iglesias de inmigración: una hipótesis de trabajo. En: Villalpando, Waldo Luis (ed.) (1970). *Las Iglesias del trasplante: protestantismo de inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Centro de Estudios Cristianos. 11-24.